

bra su santo comb púee! Y no é chij-me ni cosa por el estilobro. Isé la verdá. Y como lo jombre son libres pa jacer su rial gana. Chencho hizo su santísima voluntá! Y adiocito y no te enoje por tan poquita cosa!

Micaela se puso roja de vergüenza, de cólera, de despecho.

Aquella deslenguada le amargaba el último domingo que iba soltera y alegre á misa para pedirle á Dios por su felicidad futura, por la dicha de su hogar, por la tranquilidad de su vida; y mohina, desatinada y frenética entró á su casa; tiró dos ó tres sillas; arrojó con rabia el paño sobre la cama; manoteó, pateó, gritó y acabó por llorar mucho, mucho; primero desafortadamente, después en silencio, hasta que los suspiros le cortaron el llanto y de sus labios salió una imprecación, que no se sabe si fué para condenar á Chencho ó para maldecir á la chismosa de Romualda.

XVII
 «Viva el padrino!»

«Vivan los novios!»

Y la flauta quejumbrosa, el gá-mulo violín, el alharaquiento clarinete y el agudo y penetrante pistón* tocaban precipitadamente diana, mientras los invitados palmoteaban y charlaban en sus asientos.

En el patio—cubierto de poblados árboles, con brotes nuevos, fragante por las florescencias de los copiosos rosales—se puso la mesa á lo largo de un escampado que arrancaba de la casa hasta la mayor extensión de él, limitado por alta cerca de madera; á un remate de la mesa, se adosaba otra más pequeña, que formaba con la primera una inmensa T; en

ésta se colocaron los novios, al frente, y el padrino y la madrina á ambos lados de la dichosa pareja.

Chencho estaba muy peripuesto con su camisa blanca, que el calor de la plancha y el esmero de la lavandera habían puesto luciente como porcelana; con su pantalón color perla, de casimir francés; su banda roja, de rica seda, ceñida con elegancia; sus zapatos flamantes y su pañuelo de olán de bordadas iniciales, trascendiendo á olorosa agua de Florida: su bigotillo, de ordinario descuidado é hirsuto, se levantaba sobre del grueso labio en puntas retorcidas como antenas de alacrán; su cabeza, de costumbre enmarañada, lucía el alño del barbero y oía á aceite perfumado con gotitas de esencia de azahar.

La novia parecía un astro: brillo en los hermosos ojos; brillo en los largos aretes; brillo en las sortijas de las manos; brillo en el prendedor de la fina pañoleta y brillo en la luenga cadena que en tres

vueltas se le enroscaba en el torneado cuello, cayendo por el peso del metal en dilatadas ondas sobre la turgencia del pecho, donde se columbraba el nacimiento de los senos, redondos y temblones, recatados por las puntas de la blanca y arrasada pañoleta; el moño blanco alteando encima del rodete de las gruesas trenzas, no era la mariposa roja como grana, ó amarilla como flor de calabaza, que sonreía coquetamente desde el encumbrado puesto ben que se prendía el rebozo Micaela para concurrir á la misa de precepto; no; ahora semejaba otra mariposa, ni voluble ni tornátil, quieta y sosegada, que presenciaba la fiesta y se prometía hartarse de miel y embriagarse de perfume cuando su dueño quisiera...

El abanico se zarandeaba con suaves movimientos en las manos de la Micaela, con dulce desmayo, con suelto abandono, como si ya no necesitara cetro por haber elegido al dueño soberano de su corazón; las enaguas, blancas y finas, con

ondulantes encarrujados en los menudos olanes*, trasparenteaban la ancha rejilla primorosamente hecha, de las enaguas de abajo; se armonizaba, con bien acordado ajustamiento, el negro lustroso de los cabellos, ojos y cejas, con la albura inmaculada de las enaguas, del moño y de la pañoleta, todo ello llevado con cierta majestad de muy subido tono, que en aquellos momentos le prestaba á Micaela una distinción tan por cima del talante desgarrado y del desparpajo insolente de fámulas harapientas y de astrosas fregatrices.

«Pajarito,» de suyo poco hecho á afeites y aderezos, que tenía por adamados, también anduvo en manos del barbero y revolvió el baúl y de su fondo extrajo los cuatro trapos que tenía en reserva para cuando repicaran recio.

Los convidados, todos en mangas de camisa, lucían la blancura del traje del jornalero en días de fiesta y ostentaban chillones colores en sus bandas ceñidas

majamente á la cintura; entre las mujeres predominaban los colores celeste, rosa pálido, amarillo caña y verde Nilo, ya en las rameadas pañoletas, ya en los moños levantados con que se traían empeñilada la cabeza, coronada de alisadas trenzas, donde las flores se erguían en ramilletes tan profusos como perfumados y coloridos.

La madrina, aunque de muchos visos aristocráticos, apechugó con el típico traje jarocho, y sacó á relucir el cachirulo* de carey con incrustaciones de oro y pedrería, poniendo arrogancia de testa coronada á la enflorada cabeza.

Blancos y brillantes los manteles caían en majestuosos pliegues hasta el suelo tapizado de grama; de vera á vera, sobre banquetillos pintados de rabioso verde, se levantaban rojas macetas de redondo tallo; ora con palmeras enanas de rizadas hojas; ora con macizos ramilletes de multicolores geranios; cuando con ixoras de verdinegro follaje y coloradas y cruci-

formes flores; cuando con jazmines albos de sedosos pétalos; todo alineado, polioromo y simétrico; resaltando el matiz de sus preciados tintes en el fondo obscuro y nemoroso de los altos árboles, en los cuales la plena luz del sol quebraba sus rayos fugaces entre las cimas, y en zigzag trémulos y relampagueos repentinos, se resbalaban perezosos por las temblonas hojas, y se desparramaban juguetones por la mesa en cambiantes de oro y de rubí, y en visos alternativos de topacio y de granate; arrancaban irisados destellos y coruscantes cintilaciones á las botellas de cristal tallado, repletas del encendido de la Rioja; constelaban de minúsculas estrellas la bruñida banda de las diáfanas copas; hacían deslumbrante la blancura de los manteles, cual si fueran ampos de nieve; incendiaban el rojo caliente de los borrachos tulipanes y de los colorados claveles que prendían sus lozanas en el borde de los jarrones esbeltos; argentaban el blanco mate de los genti-

les nardos, de las nítidas gardenias y de los altivos y campanudos narcisos, que, en el negro de los cabellos y al calor de los turgentes senos, se desmayaban lánguidamente por la intensidad de la luz y por el palpar agitado del pecho de aquellas mujeres.

Después venían los hondos ó extendidos platonos, humeantes y oliéntes, á incitar el apetito de los convidados: las sopas hirviendo, hicieron la entrada; á su vez tocó en turno al bacalao; nadando en un lago de aceite, ocultaba lo acre de su olor con una salsa espesa de ácido tomate y se adornaba con rojos pimientos calaguritanos; el tinto, escanciado de los botellones, fué á poner espacio entre la sopa y el bacalao; vino en seguida, el nacional mole poblano, de caldo casi negro, con la blanca pechuga, las carnosas patas y la robusta pospierna de bien engordado guajolote á fuerza de abundante maíz y codiciada avellana; y de siguió su puesto al «lomo mechado,» alto

como montaña, y oloroso á orégano y á clavo; puso término á la comida el indispensable pastel, de capa dorada y sabrosa que á los ojos se venía, con relieves, en los cuales, para regalo de los novios, resaltaban entre una guirnalda de rosas, las iniciales de los depositados, lujo y prez de la pastelería casera; y el pastel le dió la venia á la repostería costeña, que entró á finalizar el convite con la «sopa borracha» por delante, bañada en almíbar y espolvoreada de canela; á ésta, la siguieron los «chongós jalapeños», tostados y melosos; la «sopa del cielo», cuyo solo nombre es indicio y clave de lo subido de su condimento; los «merengues de leche», que no hostigan ni empalagan, y, para cabal punto de la comilona, se sirvió la conserva de coco con pasta de almendra, el postre clásico de las bodas jarochas.

Para cada plato había un largo y abundante trago de vino; aparte de la algarabía consiguiente que se traían los con-

vidados; llegó la hora de los brindis.

«Que brinde el padrino!»

«No, no! ¡Que brinde Chencho!»

«Eso no se armitel! ¡Ha de brindar primero el padrino!»

«El novio nunca brinda!»

«Pajarito,» que en aquellos regocijados momentos no abominaba de las mujeres ni maldecía del matrimonio, sino que estaba callado como un poste comiendo á mordisorbo, empezó á removerse en la silla, se le atragantaron los bofedos y se le nubló la vista.

«Que brinde el padrino!» — volvieron á gritar con insistencia.

— «Oye, Gañote, yo me voy á pie con el mole!»

— «Sí, hombre; no vej que yo me lo ejoy atipujando con los cinco mandamientos! * . . . »

Y á cada indicación de que brindara el padrino, se oían palmadas y más palmadas, y gritos tras gritos, acompañados de los tenedores dando golpecitos en las

cristalinas copas que se quejaban con un tin, tin, agudo y armónico.

Los novios, que se secreteaban á cada paso y comían familiarmente, sin dárseles una higa la concurrencia, apoyaban la petición de los invitados y suplicantes le decían á «Pajarito.»

«¡Brinda, hombre! DÍ cualisquiera cosa! Dirán que el padrino ejtá mudo!»

Y para remachar el clavo acabó por decir Chencho:

«Sí, brindaré; que pa eso é mi compañía y jasta mi padrino!»

«Pajarito» no se hizo más de rogar se echó entre pecho y espalda de un tirón la copa de vino que tenía servida; puso se en pie, destosióse; miró de hito en hito á la concurrencia, y dijo con apagada voz:

«¡Señore! Yo brindó!»

«¡Que no se oye! ¡Que alevanté la voz!»

«¡Chits! ¡Chitssss! ¡Silencio!»

El padrino volvió á tomar el hilo:

«Señore: yo brindo... por el novio... No... primero por la novia!... ¡Por el novio... y por tóa la concurrencia aquí presente!...»

«¡Viva!... ¡Que viva el padrino!» — gritaron todos para aplaudir la oratoria de «Pajarito» al echar á volar aquel brindis que nada tenía de los alambicados epitalamios con que frecuentemente fastidiaban los poetas ramplones á los comensales de una boda...

El lacónico brindis autorizó á todos para empinar el codo: las copas tan luego eran llenadas de vino como quedaban vacías; había sonado la hora de las libaciones y con ella la de las charlas abiertas y las acaloradas disputas; éste le quitaba el abanico á su compañera y se abanicaba muy campechanamente; el otro requebraba á la trigüeña de ojos húmedos y brillantes que tenía á su lado; el de más allá despojaba al enflorado jarrón de un hermoso tulipán de color ro-

jo intenso, como teñido en sangre ó bañado en vino, y lo colocaba con galantería sobre las lustrosas trenzas de la parlanchina muchacha que estaba á su costado.

«¡Señores! . . .» — De pronto se escuchó este toque inesperado de atención, ronco, formidable y entero.

«¡Cállense! ¡Cállense! ¡Que Gañote va á brindar!»

La gritería cesó por ensalmo; todos se recogieron para escuchar el brindis de Gañote.

«¡Señores: Yo que soy el último de los amigos de Chenchó, pero que lo conocí desde la escuela. Yo, señores, puedo decir aquí mismo que Micáila se lleva un güen muchacho, y que Chenchó se ha topáo también con una guapa hembra. ¡Ejta é la felicidad, señores, lo emá é torta é pan pintáo, y por eso, señores, brindo paulatinamente, digo, con mucho placer, por los novio que se

han unío hoy con los lazos ineludibles e indelebles del matrimonio! . . . «¡Viva Chenchó! ¡Viva Micáila!»

En acabando este vítor, se bebió Gañote de un sorbo el contenido de la copa que empuñaba y se sentó muy ufano de su elocuencia, que había sacado punto y raya á la de «Pajarito».

Los aplausos atronaron en el patio; las copas se quejaban con retintín metálico al sentirse heridas por el golpe repetido de los tenedores; los que estaban cerca de Gañote lo abrazaban, lo apretaban, obligándole con estas reiteradas demostraciones de afecto á beber, unas tras otras, sendas copas de vino con cada cual de sus compañeros.

«¡Viva Gañote!» — gritó «Pajarito» que estaba entre Pinto y Valdemoro.

«¡Vivaaaaaa!» — repitieron todos.

— «Ve, Micáila, — decíale Chenchó — cómo ha gujtáo el brindi florío de Gañote; pué á mí má me hubiera agradáo que

«Palitos» echara uno. . . . entonces verías qué puesía y qué finura pa eso de decir en el aire cuatro cosas bonita pero el demoño de «Palitos» se jué por ái de secretario del Ayuntamiento y de los juzgáos, y ni modo que pudiera venir á la boda. . . . De juro que ái va á ser mandón y personalidá. . . . tóo por su güena letra. . . . ¡y qué letra, Micáila! . . . Te aseguro que con esa lindura de letra se enamora la hija del Alcalde del pueblo pa ónde se jué. . . . y á poco sabemos que é toita una persona á quien hay que quitarse el sombrero y barrerlo por el suelo y decirle de uté y. . . .»

Micaela reía recordando la carta de «Palitos» que fué á dar á manos de doña Tecla, y que ella leyó con loca y descomisurada risa.

La música tocó un valse, con lo cual se inflamaron un tanto los ánimos y se calentaron más las cabezas.

Concluídos los acordes del valse, se

escucharon los rasgueos de una guitarra. . . .

«¡Que cante la novia! . . .»
Al oír tal petición, Micaela se puso en pie.

«¡No, no, que no se huíga la novia!» . . .
Chencho le pidió á Micaela que se sentara y que cantara alguna cosa; que por algo era el día de la boda.

Micaela opuso á tal pedimento el recuerdo de la muerte reciente de su tía.

«¡Qué le jace! —exclamó «Pajarito»— ella ejtá en la santa gloria y nojotros aquí embromáos con las choriceras de este mundo! . . .»

«Sí, sí, va á cantar!» —siguió diciendo, y se puso á andar de un grupo para otro, alegre, lenguaraz, con una sonrisa en la comisura de los labios, de atrás siempre callados como para concentrarse en un profundo y lastimoso pensamiento.

El de la guitarra se acercó á la mesa donde estaba Micaela; rechinaron las

clavijas, restiró las cuerdas, templó y rasgueó. . . .

— «¿Qué cantamo? . . .!»

— «¡Lo que tú gujte, Micáila!»

— «¿Conoce «La Flor»? . . .»

— «¡De juró, y vamoj empezando!»

Dióle repetidos tanteos á las cuerdas, compaginó el tono con la voz de Micaela, y se escuchó dulce y armoniosa la canción, que decía:

«Guarda esta flor y piensa que es mi vida,

«Porque te adoro con amor ardiente;

«Guárdala, sí, y piensa que en mi mente

«No cabe nada; pues te adoro á ti!»

«¿Que no te puedo amar? . . . Eso es mentira;

«Sólo tu amor ocupa mi memoria;

«Yo sin tu amor no quiero ni la gloria;

«Quiero la muerte si te pierdo á ti!»

«¡Bravo! ¡Bravo! ¡Que viva Micáila! . . .»

La madrina—que no había hecho más que estar pendiente del servicio de la mesa y del mayor orden en la comida—fe-

licitó á la novia por la canción; tomóla de la mano, y entraron á la casa, seguida de Chencho, dejando á los concurrentes en la algarazara que tenían, bebiendo y bebiendo vino. Penetraron á la recámara á ver los regalos: puestos ordenadamente sobre de la cama estaban mangas, camisones, pañuelos, enaguas blancas; todo nuevo, blanco y primorosamente bordado con las famosas rejillas. Aquellos eran presentes de dos amigos y allegados de Micaela y de Chencho.

Abajo, en el patio, seguía la guitarra con sus rasgueos y las bocas con las canciones; hasta la quietud de la casa llegaba la voz lastimera y aguardentosa de Gañote que cantaba destempladamente:

«Tantas idas y venias;

«Tanto pasar por aquí;

«Tú romperá tu zapatoj

«Y otro gozará de mí.»

Los músicos habían cumplido el compromiso de tocar en la comida, y ahora

andaban á daca y toma con los ricos bocados que les sirvieron por orden de la madrina; no escaseaban los grandes tientos á las botellas de vino; chasqueaban las lenguas y hablaban por los codos, lejos de los instrumentos, que callados en un rincón parecían sentir el abandono en que los dejaron sus dueños.

Acabados de comer los señores filarmónicos, se fueron con sus pitos y sus flautas, no sin recibir antes la paga de manos de la madrina.

En el patio, al notar la ausencia de los músicos, se pensó en el baile.

—«¿Quién va por «Bodoque?...»

—«¡Yo! ¡yo!»—gritaron todos á una.

—«¡No pueden dir tóos!»—gritó «Pajarito,» imponiendo silencio con su autoridad de padrino.

—«¡Pue, quién va!...»

—«¡Que vaya «El Sapo!»...»

Y «El Sapo,» rechóncho, brincador, con los ojos saltones, encendidos por el

calor del vino que le alborotaba los cascos, salió en busca de «Bodoque.»

Las mujeres, que ya habían echado pecho afuera las imprescindibles canciones, con voces timbradas y lánguidas, penaban y piaban por bailar; la mesa en un periquete despojáronla de flores, botellas, copas, platos y manteles; las tablas y burros con que estaba armada, los pusieron en un extremo del patio; se dejó franco el escampado, que cubierto de césped, ostentaba blanda y espaciosa alfombra, en la cual se deslizarían los pies ligeros de las parejas, arrebatadas por las aladas notas del delicioso valse.

Y llegó «Bodoque» con el arpa al hombro, acompañado de un hominicaco—infatigable tocador de flauta—de lacio bigote y cabeza calva con luengos caireles que le caían por la nuca; y por otro personaje—los músicos son siempre personajes en estas ocasiones—barrigón, moletudo, que cuando soplaba el bombardón cualquiera diría que intentaba meter todo

el aire de sus mofletes y su barriga en el amplio instrumento. Al verlos llegar las parejas impacientes, aullaron vivas y bravos y palmotearon de contento; á las mujeres les rezaba la alegría en los ojos y la ligereza les hormigueaba en los pies.

«Bodoque» templó el arpa y los otros probaron ajustar sus instrumentos al tono de «Bodoque»; el bombardón desconcertaba con la atiplada nota del arpa y no menos aguda de la flauta. Y allí salió aleteando, tímido primero, brioso después, el valse «El Beso», tan quedo tan quedo, en flauta y arpa, que el bombardón, con sus barritos de tierno elefante ahogaba las notas dulcísimas de «Bodoque» y del hombre de los caireles.

¡Pero qué demonios! La gente aquella brincaba sobre el césped como al compás de una charanga militar que ensordeciera los oídos; no perdían el ritmo ni se cansaban de bailar; sudurosos, jadeantes, brincaban y brincaban, mientras el

de la calva llevaba el compás con movimientos de cabeza, con pataditas del pie derecho y con la flauta entre los labios silbantes; teeleando sobre los grasientos agujeros los dedos se alzaban y volvían á bajar; los caireles á cada movimiento de la cabeza se sacudían temblorosos y se desperdigaban enmarañados por hombros y espalda, y se traía tal titiritaina que al cabo de ardiente empeño se focaba el resoplido del bombardón y humillaba el delicado sonido del arpa.

Calló el valse sus dulzonas notas, y los bailadores siguieron bailando en seco hasta que gritó «Pajarito» soltando su pareja:

— «¿Qué no tienen oídos, crijtianos?... ¡ya se le acabó la cuerda á «Bodoque!»...

Dejó cada quisque su pareja; las mujeres tomaron asiento en las sillas que en fila se dispusieron debajo de los árboles, abanicándose ruidosamente; los hombres, con el padrino á la cabeza, se fue-

ron á beber á un rincón, donde hablaban de coñac, torino y ginebra . . .

— «¡Ejta por la novia!»

— «¡Yo me empujo ejte coñá por Chencho! . . . Por Chencho que é mi amigo . . . te . . . la corrimo juntos la víspera del casorio . . . por cierto que jué á la gayola . . . y si no é por mí no sale . . .»

— «¡Cállate, Gañote! . . . que yo juí el que lo eché juera mediante cinco duros como un güeso!» —afirmaba «Pajarito»

— «¡Güeno: ni quien diga má! . . .»

— «¡A ver otro copetazo! . . .»

Y trincaban, trincaban, hasta que se oyó el bombardón que bramaba una mazurca . . .

— «¡Tú baila conmigo! . . .»

— «¡Pero, hombre, si la tengo dáa á «Gañote.» . . .»

— «¡Que me venga á reclamar «Gañote» y veráj si le rompo al bautijmo! . . .»

— «¡Güeno: uteés son moro y se entienden! . . .»

Y «El Sapo» sacó á bailar á la relamida

de Romualda, que echa un brazo de mar concurrió á la boda de Chencho, del ingrato Chencho, que la dejó para vestir imágenes.

Al de la flauta le bailaban los caireles al son de la mazurca por los pausados movimientos de pies y cabeza para marcarse el compás, á falta de autoritativa y circumspecta batuta; el metal del bombardón vibraba ríspido, no obstante sus notas bajas, y «Bodoque» menudeaba los dedos en las diagonales cuerdas del arpa puesta entre las piernas estiradas.

«El Sapo,» que ya no podía bailar de puro borracho, pisoteaba y estrujaba á su compañera, perdía el compás y se paraba á cada mudanza; Romualda enfadóse tanto que lo dejó en medio del revoloteo de las parejas, dándose el desairado á todos los diablos y tambaleándose de lo lindo . . .

En las copas de los árboles cantaban los pajarillos que acudían á buscar la escondida rama para dormir á su seguro

abrigo; el sol reflejaba rectángulos de luz al pie de los troncos, y las sombras de la noche se acercaban lentamente...

Las mujeres pidieron sus paños y los hombres tomaron sus sombreros; á la desbandada se fueron, dejando desierto el patio y vacías y tiradas las bótellas...

«Bodoque» se acercó á «Pajarito» preguntándole entre codicioso é incierto:

«¿Quién paga ejta tocáa?»
 «¡Yo, hombre, yo!» «¡Se te figura que soy padrino pelón!»*

Con este, dicho, tomó también «Bodoque» la puerta con el arpa al hombro, arrancándole los sonoros acordes de «la bamba», seguido del filarmónico de los caireles que guardaba en el estuche de cuero mugriento los tres carrizos de su atiplada flauta, y del hombre del bombardón, que en una cuerda, á semejanza de bandolera, llevaba colgado el descomunal instrumento, abollado de la ancha bo-

* Véase el Cap. XII de «Periles del Terruño.»—N. del A.

ca, verduoso por la incuria y molesto por el volumen.

«Pajarito», á más no querer, tomó el portante, juntamente con «Gañote» y «El Sapo» que le hacían compañía.

—«¡Despedirse de los novio!... ¡No sea jbruto, «Gañote!»...»

—«¡Pué noj iremos!...»

Y ya fuera del patio cada uno tomó por su rumbo.

«El Sapo», tambaleándose, gesticulaba y gruñía:

«¡La cochina de... Rumualda me dejó plantáo!... Yo tuve la culpa por sacar á semejante matiana*... Y Chencho... Chencho... ¡qué suerte tuvo el arrastráo... ¡Se llevó un traje!... ¡Pero qué traje!...»

Y á la exclamación unió un movimiento de molinete del brazo con la mano en puño, para confirmar la vehemencia de su dicho y lo avivado de su deseo.

Y allá, en la blanca casita, sólo se oía

el plácido canto de las aves en la enramada del patio, y un clamoreo de besos que, como himno nupcial, partía de la enrejada ventana abierta.



XVIII



ERMINADA la copiosa y succulenta comida, se levantaron los manteles y fumáronse ricos vegueros tuxtlecos, en tanto el Licenciado, de codos sobre la mesa, fija la mirada en un punto del techo, pensaba y reflexionaba, y después de un rodeo al asunto principal, que se asomaba á la boca pronta á hacer confidencias, dijo á su interlocutor:

—Podrá usted decirme, señor don José, ¿quién es ese hombre que en mangas de camisa ocupó preferente lugar en esta mesa, atendiéndole usted con las consideraciones de amigo?

El interpelado calló un momento, al cabo del cual contestó con presteza: